

## PREFACIO

En octubre de 1907 Antonio Machado se trasladó a Soria para ejercer de profesor de francés. Poco antes había ganado unas oposiciones a cátedra y, como el curso estaba a punto de empezar, acudía a ocupar su plaza en el Instituto soriano. Por entonces tenía 32 años, estaba soltero y ya era poeta. Carecía en cambio de experiencia docente, aunque dominaba el francés y conservaba vivos recuerdos del estilo pedagógico de sus maestros de la Institución Libre de Enseñanza.

Una vez en Soria se instaló en una pensión céntrica, que regentaba Regina Cuevas, en la que entre otros huéspedes se encontraba un profesor del Instituto, Federico Zunón, de quien se haría amigo. Machado comenzó las clases y por otra parte se dedicó a revisar la edición de *Soledades. Galerías. Otros poemas*. Ahora bien, en diciembre la pensión cerró y los dos profesores, más otros dos huéspedes, un delineante y un médico, se trasladaron a una segunda pensión, dirigida por la hermana de Regina, Isabel Cuevas, y su marido, Ceferino Izquierdo. Este matrimonio tenía tres hijos: Leonor, de 13 años, Sinforiano, de 10, y Antonia, una pequeña de pocos meses.

Nada hacía presagiar que dieciocho meses después Antonio Machado y Leonor Izquierdo se habrían convertido en marido y mujer. Antes al contrario: por lo visto, durante el verano de 1908 Machado estuvo contemplando la posibilidad de volver a opositar para obtener una nueva plaza. Nadie parecía atarle a Soria. Sin embargo, regresó para el curso 1908-09. ¿Qué le llevó en aquellos momentos a fijarse en Leonor? ¿Y a ella, qué le hizo fijarse en él? “La verdad es que nuestra ignorancia acerca de Leonor es casi absoluta” deplora con razón Ian Gibson, uno de los principales biógrafos del poeta.

¿Cómo era Leonor?

En mayo de 1909 el profesor Federico Zunón se encargó en nombre de Antonio Machado de pedir la mano de la novia. Una vez prometidos, el novio se mudó de pensión hasta que se celebrase la boda para evitar maledicciones. En junio Leonor cumplió 15 años, edad legal para contraer matrimonio con permiso paterno, y en julio se casaron. Por la diferencia de edad de la pareja, la noche de bodas tuvieron que padecer la incalificable costumbre de la cencerrada. Felizmente se marcharon de viaje de novios a la mañana siguiente.

¿Cómo se sintió Leonor al dejar Soria y a su familia por primera vez?

Una vez de vuelta, a Machado la ciudad de provincias se le hacía pequeña. En marzo de 1910 solicitó una beca a la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas para estudiar en París, beca que le fue concedida en diciembre para todo el año 1911. Sin pérdida de tiempo se despidieron de sus respectivas familias de Soria y Madrid y a principios de enero se marcharon a París. Allí, Antonio Machado, además de seguir escribiendo, asistía entre otras a las clases de Joseph Bédier y a las conferencias de Henri Bergson, pasaba las mañanas en la Biblioteca Nacional, se reunía con su amigo Rubén Darío, etcétera. ¿Y Leonor? ¿Cómo se sentía en París Leonor?

En la presente novela, *Hebe*, Carolina Riera se formula estas y otras muchas preguntas sobre Leonor. Sabe que no hay mayor anonimato que no tener historia y que durante demasiado tiempo hemos creído que el anonimato es la condición propia de la mujer. Por todo ello relata su búsqueda de Leonor. La rescata del anonimato. Le da visibilidad y voz propia. Escribe su historia. En esta novela nos encontramos con Leonor Izquierdo.

Amparo Hurtado

*Para mi madre,  
Margarita.*

*¿Qué estaba ocurriendo en aquel espíritu infantil y sensible, que tan vivamente percibía y asimilaba las impresiones más diversas de la vida? ¿Cómo se acomodaban en su alma todas esas impresiones?*

Lev N. Tolstói. *Guerra y Paz*.

## I

(una grieta en la pared)

Voy en tren camino de Nantes. Un paisaje colmado de neblina se adhiere por un instante al cristal y en mi retina como si intentase arrancar sus raíces, borrar los caminos y desviar los senderos para participar, aunque solo sea en un nuevo intento fallido, en la aventura de subirse a un tren que invade sin escrúpulos su espacio.

Dentro de mí, un anhelo de quietud. Albergó esperanzas contradictorias que con mejor fortuna han conseguido subir al tren y parecen dibujarme un gesto mucho más apacible que el de las últimas semanas, los últimos días, las últimas horas y hasta el último segundo antes de abandonar el andén y salir definitivamente de París.

Un pitido agudo comparte mi vida en el interior de mi oído; es una garrapata hambrienta: me pica, inflama puntos estratégicos de mi cuello. Es un dolor persistente.

Desciendo del tren. Durante el trayecto la oscuridad me ha arropado y de un emergente estado de duermevela que me protege, solo resuena en el andén algo de torpeza en mis movimientos. Un amable y risueño taxista tarda apenas unos minutos en cubrir un corto recorrido sin que mi silencio consiga relajar esos hendidos pómulos de aplastante simpatía. Mientras coloca las maletas sobre la acera, compruebo la dirección de la tarjeta que acaba de devolverme bajo las amarillentas luces que iluminan la entrada al hotel y que dice así: «Hôtel Trianon \*\* 43 boulevard Victor Hugo 44200 Nantes».

El taxista se ha quedado mirándome como si esperase una imperiosa orden de traslado a otro hotel. Algo ha dejado de formar parte de su amable rutina y durante unos segundos, ha dejado de sonreír. Frente a los escaparates de una empresa de alquiler de bicicletas que linda con la entrada al hotel, me recomienda que acceda a una oferta novedosa que está promocionando la Oficina de Turismo de la ciudad de Nantes. Se trata del alquiler de una motocicleta que incluye el disfrute gratuito de una bicicleta. Con el brillo que ilumina los ojos de aquellos que —aunque solo sea por un breve instante— olvidan que pertenecen a un gremio, me comenta que los residentes en Nantes tienen la costumbre, dependiendo de las distancias, de utilizar uno de esos vehículos y que, al fin y al cabo, los turistas siempre se sienten mejor participando de las costumbres propias de la región que, por un motivo u otro, han decidido visitar. Le agradezco la publicidad de dicha oferta y sin más demora nos despedimos.

Entro y avanzo por un pasillo estrecho, interrumpido por puertas que voy abriendo y cerrando a mi paso. Al fondo, un pequeño recibidor. No hay nadie. Una nota y unas llaves sobre la mesa parecen querer asegurarme que realicé con éxito la reserva. Cojo el bombón de chocolate que parece actuar de cebo sobre la llave de la habitación número 103. Me decido a subir por las escaleras al primer piso mientras leo: «*Bonjour. Voici la clef 103. Je passerai l'aspirateur en rentrant. Merci*».<sup>1</sup>

Mis ojos han encontrado en la pared una grieta donde refugiarse. Un apremiante y cálido reposo me permite recordar una historia que me sorprendió desde el primer

momento que supe de ella. Fue comunicada por el médico Jean Alexandre Barré en un congreso de los hospitales de París en 1916. Narraba la gesta de dos soldados, dos tenientes de húsares. De forma muy gráfica, el informe describía cómo los reflejos de los tendones —tanto en un caso como en el otro— habían quedado reducidos y lentos. El doctor Barré deducía que la conducción nerviosa había resultado deteriorada. El informe avanzaba añadiendo que, cuando se daba esa situación, los nervios no podían enviar señales de forma eficaz y los músculos empezaban a perder su capacidad de responder a los mandatos del cerebro que debían ser transportados a través de la red nerviosa. Llamen a la puerta y le dejo pasar. Sigo sobre la cama intentando no molestar con mis piernas mientras el joven de la aspiradora enturbia con sus provocativas genuflexiones la nitidez sorprendente que empezaban a adquirir esos dos soldados. No puedo evitar ver en uno al soldado d'Hubert y en el otro, al oficial Féraud, que, víctimas de un círculo de sins y adversidades, acabaron enfrentándose en una eterna lid durante todas las campañas del ejército napoleónico. ¿Cómo no iban a perder la sensibilidad aquellos tendones tantas veces lastimados en los reiterados y ceremoniosos duelos? ¿Acaso no se habían deteriorado los conductos nerviosos y eran incapaces de recordar el origen de ese recíproco instinto y de ese inacabado duelo?

Vuelvo a la grieta de la pared. Ahora no veo, escucho. Son palabras adheridas a mi oído desde hace un año, palabras que ofician de relleno y no me permiten celebrar el descanso que detiene y dulcifica la huida, cualquier huida: *«Il se peut qu'il y ait quelque chose d'intéressant pour vous; mais je ne peux rien vous garantir. Je vous rapellerai. Au revoir; Madame»*.<sup>2</sup>

Recuerdo aquella ficha en mis manos; una ficha aparentemente idéntica a las otras, extraída de un envoltorio acartonado y húmedo donde todavía se podía leer: *«Personnel du Hôpital qui ont succombé dans cet établissement victimes de leur dévouement au service des malades»*.<sup>3</sup> Al evocar aquel instante, un frío glacial vuelve a embalsamar un rostro con el que desearía descansar en cualquier grieta. Ahora no escucho, toco. Son las yemas de mis dedos las que recorren sin gemidos pequeños surcos agrietados en sus sienes. Aquel día solo intenté detener un proceso mecánico de producción en cadena; estaba extenuada por lo que se había convertido en un frenético ritmo de trabajo y le miré con mirada de auxilio. Él se mantuvo impertérrito pero con un noble gesto le comunicó a Babette que comprendía la incómoda situación que nos invadía. Sentí que iba a producirse un estallido en aquel claustrofóbico palomar parisino y opté por distanciarme unos pasos. Fue entonces cuando leí por primera vez la ficha hospitalaria donde aparecía su nombre: *«Melle Barré Cécile Berthe, Iere Infirmière. 30 Ans. Décédée le 19 octobre 1918 (Grippe espagnole)»*.<sup>4</sup> También aparecían los resultados de unos análisis de sangre realizados en 1909. No había duda de que se trataba de una enfermera que había prestado servicio en aquel centro hospitalario durante los últimos ocho años de su vida. Había muerto a los treinta y, si eran los análisis de ingreso, había empezado a los veintiuno y tenía veintitrés cuando la jovencísima Leonor ingresó en una de aquellas habitaciones con serias hemoptisis. Desde aquel silencioso estallido en el SÔP (Siège Hôpitaux à Paris) hasta la salida del tren en Gare de Montparnasse, camino de Nantes, habían pasado siete días de los que prefiero no recordar absolutamente nada. Fue un puzle de miles de piezas y solo pude inferir que debía volver urgentemente a Nantes.

Es muy posible que me equivoque y que lo más acertado fuese silenciar lo que pasó. Es más, si mirásemos aquí y ahora al doctor Morel, veríamos que está jugando con su perro y nos parecería ajeno a cualquier recuerdo; y qué decir del vecino de la *roulotte* que ahora estudia japonés y sale al jardín con su kimono y su diccionario. Una paloma observa a Babette desde el ventanal del SÔP y nada la conmueve.

Berthe, mujer de la que todavía no sabemos nada, está regando las plantas en su balcón, justo antes de que una desconocida se interne por ese callejón olvidado.

## II

*(se miran, hablan...)*

Berthe Vittet vive en la calle de la Bâclerie, en Nantes. Es un callejón estrecho muy cercano a la plaza de l'Écluse, en uno de los barrios más antiguos de la ciudad. La casa es pequeña pero para ella es suficiente; la reformó hace ya algunos años. Las lluvias habían hinchado las maderas de las puertas que daban al callejón y tuvo que sustituirlas por otras que parecen cerrar herméticamente. Seguramente, desde entonces, los inviernos son más llevaderos. Tiene geranios en un estrecho balcón donde apenas se puede dar un paso. Ahora las puertas son blancas y las cortinas también. No ha cambiado ni remodelado nada más. La fachada no tiene muy buen aspecto pero, por ahora, aguanta el paso del tiempo y parece que no exige ninguna reforma inmediata. Ello no quiere decir que Berthe, que no es una mujer precavida, abandone todo el peso de su cuerpo en las barandillas que dan a la Bâclerie. Sabe que no debe hacerlo porque solo un poco de cemento las une a la fachada y se ve que están algo cedidas; sobre todo, la que queda a la izquierda cuando miras sus balcones desde el callejón. Aparentemente, desde la calle, cuando elevas un poco la mirada y observas ese balcón, te da la impresión de que los dos ventanales se hallan en la misma habitación en el interior de la casa, pero no es así. El de la izquierda comunica con su alcoba, único dormitorio, y el otro, el de la derecha, donde pasa la mayor parte del tiempo, comunica con un curioso salón.

Cuando alguien entra por primera vez en casa de Berthe, se sorprende, se siente conmovido pero no inquieto. Es cierto que cada persona, cuando entra en una casa que no es la suya, lo hace de una manera diferente. Existe quien entra (por ejemplo, en la de Berthe) y en el umbral de la puerta, rozando por despiste los ojos de quien lo recibe, eleva la barbilla al tiempo que la parte trasera de la cabeza realiza el mismo movimiento pero a la inversa. Ya está; ahora moverá la cabeza de derecha a izquierda o de arriba abajo (dependerá del visitante), como buscando la perspectiva idónea para observar las paredes y sus esquinas. Lo demás, ya se sabe. Se procede a un recorrido por la casa; ambos se comportan como un propietario y un proyecto de comprador o futuro inquilino. La conversación atiende a todos los aspectos relacionados con el devenir del espacio (que tratándose de la de Berthe, no sabe de innecesarias reformas). El visitante lanza imprevisibles miradas; es un osado, un atrevido escrutador de espacios ajenos. Acabado el preludeo, finalizado el trayecto, permanece de pie junto a la butaca. La gata le mira expectante sobre la silla. Su mirada agoniza; le resulta difícil seguir allí: esperaba un camino más largo. Ha recordado que le esperan. Se pregunta: «¿Dónde está Berthe?». Existe quien entra en una casa (pongamos como ejemplo la de Berthe) y no ve nada hasta que la conversación que mantenía desde la puerta, rozando aún el último escalón, termina. El repentino silencio le permite descubrir que ya ocupa una butaca (aunque no sabe cómo llegó hasta ella). Su animado discurso le causa ceguera. Solo reconoce a su oyente y sigue hablando; no la observa, ya apenas la ve. La casa (aunque

sea la de la mismísima Berthe) es un espacio vacío para él. Berthe, en estos casos, se ha fundido con uno de los tapices de cuerda que visten la pared. El mar está agitado y gris. Amenaza tormenta.

El verdadero visitante (aunque nunca le hemos visto) también ha ido a casa de Berthe. Es el que abre y cierra la puerta cuando llega (hasta ahora, Berthe solo la había entornado). Es el que dilata sus ojos y la observa borrosa y fundida con todo lo que hay allí. Él también cierra las puertas que dan a calle de la Bâclerie pero sabe que a Berthe le gustan el jengibre y la vainilla. Ahora, la butaca (imaginemos que estamos en casa de Berthe) está vacía.

Berthe acaba de levantarse y ha abierto las puertas de sus balcones. Desde abajo, se ve cómo las abre pero, apenas unos minutos después, ya no la podemos ver. Tardará todavía un rato en aparecer por la Bâclerie. Tiene su motocicleta en el interior de la portería; no es más que un estrecho pasillo donde también descansa, en la pared del fondo, una bicicleta.

Un buzón de madera sobrevive suspendido en la cara exterior de la puerta que permanece siempre cerrada. La otra, curiosamente, está abierta. Cuando salga, lo abrirá. Lo acaba de hacer y se ha quedado sentada en un escalón leyendo una carta que parece ir acompañada por una postal. Desde aquí, no acertamos a ver nada más. El ciclomotor ya está fuera y coloca libros y revistas en la cesta que sujeta el manillar. Mira hacia arriba y empieza a circular. Los geranios del balcón son escandalosamente hermosos.

Berthe Vittet aparece por la plaza de l'Écluse y se dirige hacia la calle des Trois Croissants. Va disminuyendo la velocidad a medida que va acercándose a la Bâclerie; todos sus movimientos son ejercitados con esa serenidad que nos ofrece un espacio conocido. Nos preguntamos de dónde viene. Ha pasado todo el día fuera de casa y, mientras desaparece por la escalera, empieza a anochecer. No parece cansada y no sabemos qué puede haber sido de los libros que llevaba cuando la vimos salir. No ha abierto el buzón. Está segura de no encontrar nada. Acaba de abrir las puertas que dan al balcón y a su dormitorio. Mira la junta de la barandilla y se esconde. Ahora abrirá las que dan al otro balcón y saldrá a regar las plantas. El color es intenso. Desaparecerá de un momento a otro y, apenas media hora después, la veremos bajar por esa escalera estrecha y empinada que desciende hacia la calle. El resto de sus movimientos no nos sorprenderán.

Hoy hemos decidido seguirla. Ya sale. Cruza la ciudad y toma la ruta de Saint Nazaire; parece dirigirse a la desembocadura del Loira. Circula sin poder evitar que se perciba el perfil elegante de su cuello; es una mujer a la que ya no asusta la soledad y todas aquellas sombras que sobrevolaron impudicamente su cuerpo. Conoce los senderos, las carreteras secundarias y los caminos vecinales. Sigue sorprendiéndonos la elegancia de su cuello, su elasticidad. No tenemos ninguna duda de que es una mujer que amó hasta el cansancio y vivió el tedioso epílogo que anuncia ese final lastimoso y vertiginoso que es la separación de los amantes.

Se detiene en Pellerin, donde un ferry atraviesa el río. Sigue un trayecto plano de unos cincuenta kilómetros que encadena cortos tramos de senderos en buen estado con carreteras secundarias. No aparenta cansancio y se mueve con soltura. Ya ha llegado. Nos preguntamos qué hará.

Berthe deja su motocicleta aparcada frente al muelle. Vacía la cesta y se adentra en una cantina portuaria donde no hay señales de que haya pasado el tiempo. Antes de entrar, habla con algunos clientes que desayunan en la terraza; hay movimiento de libros. Aparece. Lleva una bandeja en la mano. Está trabajando.

Son las cinco cuando sale y se despide de algunos conocidos que quedan en la terraza. Sus ademanes son ligeros y, con peculiar destreza, se dirige de vuelta a Nantes.

Coge el mismo sendero del río que lleva a Corsept. Desconoce la fatiga. Ha entrado en Nantes. Los lunes y los jueves, Berthe no baja las escaleras a la misma hora y tampoco va a Saint Nazaire. Abre las puertas un poco más tarde y no baja hasta las diez. Se dirige en bicicleta al mercado y a dos edificios cercanos donde pasa la mayor parte del tiempo. La cesta de la bicicleta —exageradamente grande— está rebosante de verduras y frutas cuando entra en el callejón estrecho. Dejamos de verla hasta las seis. Entra de nuevo en el edificio más cercano al río y no suele salir hasta que ya ha anochecido. Vuelve a casa y no volvemos a saber de ella hasta el día siguiente. Por ahora, no tenemos más información, pero hemos decidido conocer la cantina y su entorno: el puerto de Saint Nazaire.

La cantina de Saint Nazaire se llama Timshel<sup>5</sup> y es la más antigua del puerto. Es pequeña y parece muy concurrida. Como vimos ayer, hay una atractiva terraza que inaugura los pantalanos del muelle. Todo es madera; tanto en el exterior como en el interior. Dentro, hay una barra imponente que, a primera vista, parece ocupar todo el espacio pero, una vez dentro, vemos cómo desde la superficie frontal de la barra se extienden unos bancos que a la vez despliegan sus respectivas mesas. Los clientes conocen el mecanismo y, si deciden permanecer dentro, solo necesitan tirar de una palanca para que se produzca esa pequeña pieza de ilusionismo. Las ventanas, una vez abiertas, convierten el interior en una prolongación de la terraza. Detrás de la barra hay dos escalones que descienden hacia una aromática cocina; a la derecha hay un diminuto servicio donde la humedad es densa.

Desde la vieja pared de la cantina, dos toldos cubren la terraza cuando empieza a anochecer; gracias a ellos, la humedad no consigue dejarnos completamente mojados. En las paredes del interior, además de numerosos utensilios de navegación hay muchas fotografías. En una de ellas reconocemos a la propietaria de la cantina (esa es la impresión que nos da); se llama Sophie. Luce una gorra marinera al tiempo que sujeta un ancla con ambas manos. Detrás de Sophie leemos «Timshel». No es una foto reciente; al observarla, podemos adivinar que han pasado muchos años. Ahora debemos irnos; Berthe Vittet está a punto de llegar.

Volvemos a estar en la cantina de Saint Nazaire. Berthe aparece en una de las fotos del interior y, ante nuestra sorpresa, a su lado posa Sophie. Es una foto en blanco y negro, bastante pequeña, apenas quince centímetros. Nos acercamos a observarla. Hoy no vendrá. Es lunes. Las dos ocupan un primer plano sobre la cubierta de un velero sin disimular una tímida sonrisa. Berthe luce una camiseta de rayas y unos pantalones holgados. El pelo recogido con un turbante. No aparenta más de treinta años y es fácil intuir que se encuentra en un buen momento de su vida. A Sophie la encontramos más cambiada que a Berthe. Lleva el pelo muy corto, las piernas y los brazos tienen los músculos marcados, fibrosos. Es una mujer muy delgada. En la foto, las dos desbordan una envidiable juventud, pero es cierto que ese gesto sonriente que ya conocemos en Berthe, seguimos sin detectarlo en Sophie. A pie de foto leemos: «Toulon, 1979». Todavía tenemos tiempo para acercarnos a otra foto que está al fondo de la barra. En ella descubrimos a una niña de unos diez u once años en la orilla de una playa. Es un plano frontal: sus brazos caen en vertical, como si su propio peso impidiese que estos rozasen en su recorrido el contorno de su frágil cuerpo. Las manos medio abiertas parecen avisar de ese breve instante sin tensión. El vestido también cae hasta encontrarse en el mismo punto donde acaban sus dedos sin atreverse a acariciar su cuerpo; cae holgado, sin costuras que ciñan su cintura. Los muslos aparecen redondeados y morenos; no vemos las rodillas. Su mirada está ausente y pensativa. Hay algo escrito en la foto pero la vastedad de la barra se convierte en un abismo y decidimos esperar. Por hoy, es suficiente.